

Escolio

EN EL MES DE TOLEDO

Señor –respondió Sancho–, que el retirar no es huir ni el esperar es cordura cuando el peligro sobrepuja a la esperanza... así que no se arrepienta de haber tomado mi consejo, sino suba en Rocinante si puede, o, si no, yo le ayudaré, y sígame, que el caletre me dice que hemos menester ahora más los pies que las manos.¹

«Situada en un meandro del Tajo, sobre una colina casi en el centro de España. Ciudad ibérica, el río le dio fácil defensa, limitada a una línea amurallada entre el Puente de San Martín y el de Alcántara. En el interior se aprieta el caserío de callejas retorcidas y empinadas, en un laberinto desconcertante, en el que se marcan tres centros: el militar, con el Alcázar; el religioso, con la Catedral, y el civil, con la Plaza de Zocodover o mercado intramuros. Toledo, la ciudad más turística de España, la más monumental y la de más rico ambiente histórico [...].»²

El escritor estadounidense James Michener registró interesantes detalles prácticos de la operativa de la industria turística toledana a principios de la década de los 1960, como el uso estratégico de la fórmula ‘menú turístico’ en la carta de los restaurantes, o el peculiar sistema de comisiones y descuentos imperante en el comercio minorista local de recuerdos y artesanías típicas: espadas, armaduras, damasquinados, mazapán...³

* * *

Cuando yo era pequeño, en las fiestas del pueblo, montábamos de madrugada en los coches de choque y jugábamos a darnos “en el Toledo”, a pegarnos “el toledazo”. El “Toledo” era la marca en relieve que llevaban los autos de choque en el lateral de la parte trasera, una especie de diana que indicaba el lugar exacto –el culo– donde chocar para hacer dar vueltas locas al coche rival. El toledazo, dado y recibido a mansalva, era el choque maestro de la fiesta nocturna del verano en las instalaciones eléctricas para chavales. Algún toledazo provocó esguince cervical con el subsiguiente collarín blanco

de la primera semana de septiembre; aunque la gran mayoría de ellos sólo provocaron risas y diversión inocuas. Toledazo que pegas, toledazo que te llevas. Está todo bien.

* * *

Después de la cena intento adrede extraviarme por este laberinto de callejas, callejuelas y callejones y acabo desorientado del todo, perdido de verdad, sin querer, en lo más hondo de la metrópolis anciana. No hay nadie por las calles, camino solo. Estoy solo. Vagabundo electromagnetizado por los ojos negros de esta fenomenal medina hebrea tan católica, apostólica y romana, disfrazado de seminarista buñuelesco en éxtasis, soy la más alegre de las almas en pena. ¡Dios mío, me voy a perder para siempre! No, te vas a perder *casi* siempre. Está empezando a nevar en la capital renacentista del Imperio de lo Absurdo; a lo lejos se escucha una canción del rabino lujurioso de Autremont. El poeta sapiencial proclama a gritos mi nombre con su guitarra, atrayéndome como a un niño de Hammelin hacia lo que, en la distancia, me parece un callejón sin salida. El sitio del que manan las canciones de Leonard Cohen resulta ser el Círculo de Arte, una ermita noctámbula donde actrices argentinas sirven copas a estudiantes europeas. Cae la nieve sobre los vivos...

* * *

Esta es mi primera noche en Toledo, que fue declarada *Civitas Regia* por el rey godo Atanagildo a mediados del siglo VI. (Felipe II se llevó la corte a Madrid en el año 1561 según dicen las crónicas; me pregunto por qué lo haría. Al instante imagino que, a mitad del siglo XVI, las murallas de Toledo debían configurar una trampa urbana tan perfecta e insalubre como a principios del siglo XXI lo son los sucesivos anillos radiales que dan acceso por carretera a Madrid). Había estado antes varias veces en esta ciudad, cinco veces según creo, pero nunca me había quedado a dormir en la ciudad del tránsito imperial. Las primeras veces casi no cuentan: una visita con mis padres y hermanos cuando éramos pequeños, y otra vez de excursión con el colegio –vagamente me figuro haber visto el Alcázar desde el otro lado del río y tal vez una tienda de recuerdos de las que hay a la entrada del puente de San Martín. Mucho tiempo después, en 1996, doctorando universitario emancipado en Madrid, vine un día de junio, en plan López Vázquez total, con una novieta alemana que me había echado hace poco. (Meses

después, instalado ya en la vida pobre, descubriré que conservo unas fotos de aquella excursión: Karin, con blusa naranja y pantalón vaquero, posa risueña bajo los toldos del Corpus, junto a las tiendas de recuerdos turísticos que hay al principio de la cuesta de la Trinidad; en otra foto está sentada a la mesa de una terraza en la Plaza del Consistorio y mira fijamente a la cámara con expresión felina; y en la tercera yo, con camiseta negra, poso para ella en el mirador del parque del Tránsito mordiendo divertido la patilla de mis gafas. Debía tener ahí veintiséis años). Al año siguiente volví a Toledo con otra 'novia', una encantadora judiíta bonaerense en celo reproductor (lo que es la vida...). Recuerdo que visitamos el ejemplar más puramente triculto de todos los templos toledanos, Santa María la Blanca, una estupenda sinagoga amezquitada que luego fue iglesia barrial devotísima. A la salida, en la tienda de regalos, le compré el disco de canciones sefardíes de Dina Roth, con letras del poeta argentino Juan Gelman. Nos volvimos en el último tren. (Ahora que lo pienso, el "Viaje a Toledo con Catherine" – esto es, el visionado de la peli *Tristana*, de Luis Buñuel (1970)– bien podría haber sido, en la década de 1990, algo así como una materia optativa para las estudiantes más aplicadas de los mejores institutos bonaerenses y las más modernas facultades de historia alemanas –y seguramente también en los buenos liceos franceses de provincias).

La última vez que vine, hará un par de años, era la noche de San Lorenzo. Con el mismo comando de amigos con el que habría de atacar las fiestas patronales de Benidharim, vine a ver un concierto en el claustro universitario de San Pedro Mártir. Actuaba Shlomo Bar, el Camarón judío, un sefardí de Marruecos que aullaba los salmos en éxtasis porrero; todo un espectáculo el tío. A la salida del concierto tomamos unas copas en la terraza de un bar que bien pudiera ser el mismo de la foto de Karin. En un momento me apeteció quedarme a pasar la noche y presenté la moción, pero mis amigos querían volver a Madrid. A la vuelta nos paramos a ver la lluvia de estrellas. Caminando por un erial junto a la carretera, nos detuvimos en mitad del campo y alzamos la cabeza para ver los meteoritos caer chisporroteando hacia el mar desde la bóveda oscura del cielo. A lo lejos, la presencia ominosa de Negociudad, que debía ser el complejo industrial de la central eléctrica que hay a la salida de Toledo.

Entremedias un recuerdo casi invisible, reprimido: las visitas a un amigo que sufrió un accidente muy grave nadando en el río y estuvo un tiempo ingresado en el Hospital

Nacional de Parapléjicos que hay en la salida oeste de Toledo, en la carretera que va hacia Talavera.

* * *

Viernes 26 de enero. La mujer más guapa del mundo en el siglo XVI, una de las ciudades de los dioses, aparece esta mañana ligeramente nevada. Está preciosa. Toledo es una chica a quien no conozco aún, pero siento como si me quisiera querer. Veo las hileras de tejas surcadas de líneas blancas desde la ventana del hotel. Todavía cae nieve y me parece ser nieve adelantada de Nueva York que llega hasta Toledo. Una especie de regalo que debo tomar. Toledo bajo la nieve, débilmente. Me dice el de recepción que no es usual, que no suele nevar por aquí. Qué suerte la del turista que no lo era. Maná del cielo cae entre tus manos mientras el secreto de las ciudades sagradas –Jerusalén, Roma, Nueva York, Toledito, y veinte mil más– ha comenzado a reflejarse otra vez en los ojos brillantes que tenías cuando niño: no *qué* son las cosas, sino *cómo* ocurren; y que la soledad no existe pues la sabiduría siempre te acompaña. Allí donde estés, transcurre la acción y, por tanto, podría ocurrir la ciudad. Siempre habrá campo para ello.

A la ducha y a desayunar, que aquí te quieren. La mujer más guapa del mundo en el siglo XVI te quiere.

* * *

Me he traído de lectura el *Ventanas del Manhattan* de Mr. Muñoz, *the Ubedan Fellow*, para ir ambientándome, y me está encantando. Me identifico con la vocación andarina de este otro Antoñito el Camborio, que camina infatigable *through the snows of New York* con mochila a la espalda en vez de vara de mimbre, buscando la querencia de los cafés Starbucks y las bibliotecas públicas. También me toca la fibra sensible su complejo casticista resilente de literato provinciano, culpabilidad de eterno adolescente consentido que se va a volver lerdo de tanto leer *pa' ná*, y está completamente negado para los trabajos que dan dinero en los pueblos y en el campo. Qué cierto. (Por eso, cuando me dieron la beca de formación de profesorado universitario los del vicerrectorado de la Complu cambié mi frase favorita, «Me voy arriba a estudiar», por

el más orgulloso «Me subo a trabajar». Mi lucidez irrisoria cobraba ya de la gran ciudad).

* * *

Toledo y Nueva York se me aparecieron juntas gracias al profe yanqui aquel que conocí en un congreso de sociología de la globalización financiera en la universidad alemana de Bielefeld. Nos presenta una profesora alemana extremadamente rigurosa en el vestíbulo del hotel universitario. Yo había leído un libro suyo muy interesante, una etnografía de los especialistas formadores de mercados (*market makers*) del NYSE (New York Stock Exchange), la bolsa de Nueva York, y su apellido me sonaba (soy una pena para estas cosas) como italiano. Mitch Abolaffia resultó ser de los Abulafia de Toledo de toda la vida, la estirpe de Samuel. Ahora veo claro que es un judío neoyorquino de manual: bíblicamente barbado, calvo en la cima, gran narizota, ojos de rodaballo perezoso, perfil afilado y gesto huidizo. Al hablar —«Let's go see John», me dice animoso— los labios sefardíes se aprietan para explotar con el acento encanallado que delata al que, no teniendo media hostia, ha logrado escurrirse durante años, cual lagartija, entre los matones callejeros de Brooklyn. Vamos pues, juntos, a escuchar una conferencia del bueno de John, Dr. Williams, catedrático de sociología de la educación de Stanford que han invitado los alemanes para inaugurar cierto Institute for Globalization Studies con presupuesto cruzado de no se cuantas fundaciones, ministerios alemanes y direcciones generales de la Unión Europea... que estoy seguro de que ya no existe. (Williams disertó sobre la moda mundial de lo “guay” (*groovy*) en los libros de texto escolares de la década de los 90, ilustrando su tesis con varios casos, entre ellos el del cambio de la imagen de los vikingos en los libros de historia de los colegiales escandinavos. De fieros, crueles y temibles guerreros, los vikingos se habían convertido en tíos guays: amables, sensibles y hasta políticamente correctos).

Por el camino Abolaffia se declara encantado de saber que soy español y de Madrid y me cuenta que, en su luna de miel, se llevó a su ex-novia (siempre de coña, ¿eh, Mitch?) a visitar Toledo. Aunque tal vez no dijera que fue probando las legendarias llaves de la abuela por las cerraduras de las casitas de la judería grande de Toledo, me temo que sí lo dijo.

Esta mañana me he tomado un café con napolitana de chocolate y zumo de naranja natural en Zocodover, sentado junto a una ventana desde la que podía ver, casi como encuadrada para una toma de cine, una placa donde se dice: «Al heroico general José Moscardó. La ciudad imperial, 1940.» (La fecha en números romanos, por supuesto). Mientras tomo mi desayuno escucho la conversación entre uno de los camareros y el encargado, que comentan la nevada y los problemas de tráfico que estará ocasionando. Haciendo cálculos sobre su efecto posible en el número de visitantes que llegarán este fin de semana. No hay problema, dice el encargado, «Los madrileños están loquitos por salir de allí.» De ese laberinto, pienso, en el que ellos son las ratas pero se creen los investigadores.

A todas horas pasan por las calles del centro histórico de Toledo pelotones de soldaditos escolares mayoritariamente franceses y británicos, pero sobre todo españoles: ahí va el profesor Américo Castro de excursión con sus muchachos, el joven Buñuel, el joven Dalí, el joven Lorca. Tras los escolares, que van más deprisa que nadie, manadas de jubilados suecos y españoles, familias italianas y españolas, parejas alemanas y españolas, mochileros yanquis y españoles. Alegres pandillas de vacacionistas taiwaneses, coreanos, japoneses y chinos que se retratan digitalmente con sus cámaras Sony Cyber Shot 6.0 junto a Quijote y al Sancho de latón que guardan la puerta de mi hotel.

Después del café, tiro por la calle Alfileritos –ayer un chavalote cuyo acento me pareció del Paraguay (no me pregunten por qué), pronunció el hombre de esta calle con mucha gracia cuando le pregunté, perdido de solemnidad, como volver a Zocodover: «Allí, Alfileritos, la calle chiquita de ahí por la que casi no caben los coches». Vuelvo ahora, de día, a visitar el Palacio del Cardenal Lorenzana, antigua sede del Tribunal de la Inquisición donde, en el siglo XVIII se estableció la Universidad de Toledo. En el gran patio central, en la esquina que da a la puerta trasera del Paraninfo, hay una estatua realizada por un artista contemporáneo de Julián Besteiro, catedrático y diputado por Toledo, a cuya figura de chapa le sienta fenomenal una ligera capa de herrumbre sobre la que la nieve caída durante la noche ha formado breves montículos. Logro colarme en el Paraninfo, que está en obras, y veo a un par de técnicos o peones especialistas

abriendo canalillos en el suelo y acarreando pequeños sacos de escombros. Aquí debió ser donde el tío Palote disertó por última vez en público, ante sus paisanos y coetáneos del Foro de Mayores de la Universidad de Toledo. La sala es una elipse muy achatada con bancos forrados de terciopelo rojo, cabrán no más de sesenta personas, tal vez sólo cuarenta. A un lado del estrado que hay en el frente, hay un púlpito con un micrófono, como los de las iglesias. ¿Peroró desde allí el *mostri*? Yo diría que debió ser más bien desde el estrado, pero también es factible que leyera de perfil, ofreciendo el medio pecho desde el altar de las barbas posmodernas. «Veo muchas barbas, pero son barbas posmodernas, no como aquellas que pretendíamos cortar los de La Codorniz. De modo que me pondré yo también mi barba imaginaria.»

La casualidad, amiga del alma (y nuestros mejores amigos los hacemos también siempre por casualidad), ha querido que fuese a recuperar las cuatro páginas perdidas de la última conferencia del triculto galáctico en una mina de oro documental que no formaba parte de mi itinerario de búsqueda inicial. Ni del previsto ni del modificado. El itinerario real es el encontronazo completo, la toma de contacto entre lo que sea el destino de uno y ese uno mismo que uno creía ser. Por lo menos esta mañana.

De la universidad de Lorenzana, que ahora es sede de oficinas administrativas del Rectorado de la Universidad de Castilla La Mancha, por la Plaza de las Tendillas, llego otra vez a la sede de la Real Academia toledana que conocí ayer a la noche. Son las once de la mañana y las dos puertas del número 9 de la calle Esteban Yllán, antigua Casa de Mesa, están cerradas como platos. Llamo con los nudillos en las dos y nada. La ventanita que hay sobre la puerta grande dice por su aspecto que aquí no hay nadie y si hay alguien viene muy poco. Aprovechando los privilegios de la vida inalámbrica llamo desde allí mismo al teléfono que me dieron ayer en la biblioteca regional. No da señal, mi aparato me dice algo así como número inconexo. Todo indica que esta noble academia real ha pasado a mejor vida.

Como último recurso me encamino hacia el ayuntamiento, a ver si en la concejalía de cultura saben algo de estos viejitos. De paso veré si la catedral sigue en su sitio. La catedral sigue allí: la última vez que pasé frente a ella hacía un calor de agosto de mil demonios y caminábamos como bajo palio para que el sol no nos machacara –debían seguir allí los toldos del Corpus: «y el sol se come las uñas / sobre los toldos de

rabia»⁴-. Ahora azota el viento y trae semillas de granizo, chinitas de hielo que hacen cosquillas en la frente. Paso junto a la catedral, paso de ella. Me voy enfrente, al ayuntamiento. Subo a la segunda planta y un señor con acento canario me dice que no le suena ninguna institución con ese nombre tan pomposo; pero que, bueno, si sube usted un poco más arriba por la cuesta de la Ciudad a la calle Trinidad, a lo mejor en la consejería de cultura de la Junta sepan algo de si existe aún el sanedrín de ilustres toledanos del siglo pasado.

Vengo a caer entonces en las preguntas sospechosas del segurata de la puerta de la Consejería de Cultura y, poco después, en las dudas avergonzadas de la empleada que atiende en el mostrador de información, la mítica “chica de información”. Justo baja en ese momento del piso superior –es la hora del café– un trío funcional encorbatado. La chica de información señala a un señor que tiene toda la pinta, por el desparpajo paratelevisivo con el que camina y habla, de ser un cargo político de abajo del todo del escalafón autonómico. Le disparo a bocajarro esta variante de mi mantra inquisidor: «¿Es la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo una institución dependiente de la Consejería de Cultura de la Comunidad Autónoma?» (Ellos dicen “La Región” o bien “La Junta de Comunidades”: la singular terminología oficialista que utilizan delata a los provincianos). El señor me da indicaciones para que vaya al edificio que hay un poco más arriba en la misma calle –lo he visto al pasar, es el Archivo Histórico Provincial– y pregunte allí a ver si saben algo. O también, me dice, puede preguntar en el Museo de la Santa Cruz, «¿Lo conoce usted?», me pregunta. No, no lo conozco. «Pero hombre, ¿no conoce usted Toledo?». Lo dice en un tono de broma que no es habitual, parece como una gracia ensayada mil veces y mil veces deformada, mitinera, puro politiquero conversacional: fruta amarga del radiotelevisionismo y el besamanos vecinal). «No, es que soy de Madrid», me defiende chulo, mirada de hielo. «Bueno, yo soy de Toledo [seguro que no, que eres de Parla], y conozco el Palacio Real.» Ya, no conozco el Palacio Real tampoco. Bueno, viene a decir poniéndose al fin en un lugar prosódico que cree ser el suyo y que ciertamente le favorece bastante, el caso es que allí pueden saber si la Academia Facha de los Cojones Esa se sigue reuniendo o si están ya todos los miembros gagá, prisioneros en el geriátrico. Además, añade, allí podrás ver una exposición muy bonita que se acaba de inaugurar sobre los Visigodos.

Primera vez que un político de carrera –bueno, de carrerilla– me dice algo que resulta ser interesante de verdad. A la tarde he ido al museo, donde me han apuntado un teléfono de oficina para que llame en horario y pregunte por lo mío y he entrado, ya que estaba, a ver el relato multimedia de la exposición *Hispania Gothorum. San Ildefonso y el Reino Visigodo de Toledo*. Coronas votivas, estelas funerarias, cuadros de la entrega por parte de la Virgen de la casulla angelical, la capa mágica, al santo toledano, obispo visigodo que fuera teórico mayor de la virginidad eterna de María; en fin, el indefectible “audiovisual”, muy currado en cuanto a infografía y dramatización cinematográfica, sobre la caída del Imperio Romano en manos de los bárbaros y la llegada de los “vándalos, suevos y alanos” a Hispania. Ahora me doy cuenta de que, para un chavalote toledano de dieciséis o diecisiete años una exposición sobre los visigodos debe ser como era para mí, a su edad, el eterno retorno de la misma conferencia sobre la influencia del semental Diano en la vacada de don Vicente Martínez: muermo total de toda la vida, las aburridas cosas de aquí y de siempre, aquello de lo que hay que escapar pitando y a lo que, sólo cuando ya seamos otros, será posible volver.

En la sala donde están expuestos unos códices antiguos, descubro sin embargo a dos dominicanitos de unos once o doce años asomándose a las vitrinas y mirando con asombro las páginas abiertas de una Biblia latina que parece hecha de piedra. Jodidos Ñetas, están en todo. Los Latins no tienen nada que hacer.

En el mostrador de la salida, me he pillado una edición del Quijote, sin aparato crítico y en castellano del tiempo, por un euro. He leído en un panel de la exposición que Cervantes llama a Toledo en *El Quijote* “peñascosa pesadumbre”. En verano tuvo que ser entonces cuando el hidalgo multidescalabrado viese Toledo en lontananza. Si hubiera llegado a la villa y corte visigoda en un día como hoy no hubiera dicho lo mismo de esta masa peñascal. La hubiera apelado, pongaaamooooos... Hum, a ver. Veamos. Pensemos. Sí. Tanto el sustantivo como el adjetivo han de empezar con “pe”, hacer referencia al frío invernal que corta la cabeza en esta mañana de enero y al estado de ánimo que le acompaña en escrito y escritor. Y a pesar de todo ello darle a la piedra la poesía que le es debida, encontrarle a la piedra su canto, como dice el profesor Marcial Romero. Algún día lo encontraré, hoy no puedo. Bueno, podría ser “perla”: la perla de la peña o la perla en la peña o algo por el estilo. Pero sin peña. Ya está: *perlada penitencia*. Eso es hoy Toledo para mí.

g53. Perlada penitencia



[Toledo bajo la nieve, vista desde la Peña del rey moro]

* * *

Miércoles 7 de febrero. Como el profesor Muñoz, también yo tengo a mis estudiantes que me protegen de la muchedumbre oficinista que asola las calles del *midtown*. En la última franja horaria de los exámenes de hoy doy por concluida la lectura del *Aliens Adored*, de la Susan Palmer, que me había traído a medio leer de Madrid. Un muy fermoso estudio de sociología de la religión que habría que traducir. En el aula tengo a tres estudiantes aplicados a la faena de examinarse. Está el ingeniero gallego que estudia psicopedagogía y que se trasladó a Nueva York siguiendo a su mujer que es abogado. También se examina un ingeniero industrial de la Politécnica de Madrid que se vino aquí para estudiar música (está aprendiendo batería *funky* y ritmos digitales programables) y, a través de esta gloriosa Universidad Nacional de Educación a Distancia que unos cuantos chalados de la Internet elegidos en paupérrimas urnas pretenden dejar en los ciberhuesos (*backbone network*), se reconvierte de ingeniero técnico en ingeniero superior. Y está Raquel, una cerebrita andaluza que viene desde Los Ángeles, increíble, a examinarse de ingeniería técnica industrial. Pero quiere ser controladora aérea. Todos héroes. Por más que confiesen que la matrícula de cualquier mierda de curso aquí es veinte veces superior a la que les cobra mamá UNED –

Paradores, RTVE, la UNED: lo que queda de España si quitamos el ejército—, en ese momento cuando todos han bajado la cabeza hacia las preguntas y se hace el silencio leve del tiempo de examen, en ningún otro lugar del mundo se estaría mejor. *I'm proud of 'em*. La familia, los amigos... cuando todos te abandonan, el conocimiento sigue ahí.

Viernes 9 de febrero. Mi compañero de tribunal, el enano murciano a quien no quería encontrarme ni en pintura fuera del curro, ha sido quien me ha enseñado a soportar estoicamente el *artic chill* que azota estos días la Gran Manzana. Va por la calle sin guantes ni gorro ni nada. Le pregunto si no tiene frío. «A todo se acostumbra uno», dice. Qué sabio. A primera hora he tenido examinándose al de Balaguer y al cordobés. El uno viene de Malibú, Los Ángeles, y el otro de un poco más cerca, Masapequa, Long Island. Los dos se ganan la vida dando clases de español a escolares. Ahora, en la segunda franja de la mañana, me han venido las psicólogas y un agregado masculino que me recuerda a cierto maletilla reconvertido en cámara de televisión que conozco en Madrid. Más la argentina que estudia turismo, la chica que quiere ser controladora aérea y un chavalote muy formal que se examina de Fundamentos de contabilidad, una asignatura de Económicas. Resulta, como me temía, ser un *trader* de Wall Street: trabaja para un banco de inversiones asociado con el BBVA. Por la ventana del aula ocho, en la cuarta planta del Instituto Cervantes, glamour neoyorquino de tercera división, entra la luz de un sol precioso. ¡Qué bien se divisa desde aquí el oropel cultureta de Madrid, hecho de latón rebajado! Exiliado en el mogollón de New York City, cosmópolis del planeta paleta, reconozco en Madrid-capital la quintaesencia del provincianismo español. *Y diciversa*, que hubiera dicho mi abuelo.

Afuera el frío es jupiteriano tirando a fascista de mil demonios. Pero Alónsez me ha descubierto que acostumbrarse a los mil demonios es más fácil de lo que pensaba.

Los neoyorquinos han montado en la antigua Zona Cero que ocuparon las derribadas Torres Gemelas el primer museo de la memoria catódica: un original sistema donde familiares, amigos y vecinos de víctimas y supervivientes te cuentan la historia del 11-S “de persona a persona” a cambio de unos dólares que, como en todo buen negocio conmemorativo, habrán de ir a parar a los bolsillos adecuados (visiten ustedes la web www.tributewtc.org). De la tragedia más burra el abono americano obtiene la maravilla que no te puedes perder, la atracción duradera, el negocio del copón. La visita al centro

de interpretación turística de la Zona Cero me sugiere –más bien me grita– que el turismo es también una economía de la muerte. Como los seguros de vida.⁵ Como los volcanes.⁶ Como los suicidios de “provocadores escritores de culto.”⁷ Como la guerra.⁸ Las bases militares y las embajadas estadounidenses establecidas en varios países del Medio Oriente, el Golfo Pérsico y África ofrecen, en efecto, la versión más acabada del moderno *tourist resort*: enormes complejos residenciales dedicados a las más horripilantes actividades de ocio y tiempo libre (torturas, razias callejeras, saqueos) y ferozmente aislados del entorno mediante fortalezas-burbuja, estructuras constructivas y maximalistas dispositivos técnicos de seguridad pensados para impedir todo contacto con la población autóctona. No debe filtrarse –aunque se filtra, vive dios que se filtra– el más ligero aroma de cultura vernácula: un plato típico, un leve saludo o un agradecimiento en lengua ignota, una canción tradicional, el telediario local... «Ser un pringao de la Guardia Nacional es toda una vidorra», presumía ante cierto famoso periodista y escritor de viajes un sargento del ejército estadounidense destacado en Afganistán tras la invasión que siguió a los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001. «Conoces sitios que los turistas nunca verán. Somos como turistas armados.»⁹ Mas, ¡oh esperada sorpresa!, parece que la experiencia pionera en este segmento de mercado fueron una serie de excursiones turísticas a la línea del frente organizadas –con poco éxito comercial, bien es verdad– por el periodista Luis Bolín al frente del Servicio Nacional de Turismo adscrito a la estructura ministerial del Gobierno de Burgos de 1938, el primer gabinete presidido por el Generalísimo Franco durante la Guerra Civil española.¹⁰

Luego, por comparación, la vista, espectacular pero inabstracta, del bajo Manhattan desde el medio del puente de Brooklyn, me ha resultado como un recuerdo sin intensidad. La noche vegetal –este dormir sin sueños, que es fenómeno– ha obrado otra vez el prodigio ordinario del no-ser nuestro de cada día. La criatura abisal de la que surge cada mañana a las siete, en esta ciudad de pergamino, el espantajo de Colmebar. Ay, que se acaba de separar de su mujercita... Kari Mullis, Maynard Keynes, Albert Michener, Deirdre McCloskey, Kennelm Burridge, Mambu, Robert Skidelsky, Don Quijote y Sancho. Cervantes. La profesora Palmer y Raël. El matrimonio Ostling y los Santos de los Últimos Días. El californiano de Balaguer, la georgiana de León y el

profesor murciano. *Y Mortadelo / Y Filemón / Y el Guillem Brown / Y el Guillem Tell...*
Es de noche y es de día, Jaime ya lo sabía.

* * *

Martes 13 de febrero. A la orilla del Tajo, leo el Quijote. Está por empezar la aventura de Sierra Morena y aquí ya no pitan los coches. En vez de ello oigo la bocina del pato de Harpo, aún no del todo puesto en valor por los tecnozoquetoides autonómicos. Guiado por el único agente inmobiliario que puede inspirarme confianza –su padre estudia historia en el centro de la UNED en Talavera– acabo de comenzar la travesía de la vida pobre. Qué nombre tremendo y esperanzador para la *new age* que se abre ahora ante mí. Hoy es martes y trece, ni te cases ni te embarques, luego el contrato de alquiler conviene firmarlo mañana, no se pierde nada y se queda uno más tranquilo. El gafe y la suerte son gracias que no cuestan nada, por eso no se puede ahuyentar. Sólo cabe hacer un gesto gratuito en correspondencia, como cambiarse de acera, cruzar los dedos, esperar hasta mañana. Ah, y tengo preguntar si hay lavadora y frigorífico. No he andado muy fino en el repaso a los elementos de la cocina porque la vista de Toledo desde la ventana de enfrente me ha dejado turulado.

Esta mañana he amanecido por fin cantando bajo la ducha. Aunque sólo sean las soledades del Pepe Risi: *Y que sé yo / si estoy tan solo... / no puedo hablar con nadie.* Ella es fuerte y se alimenta muy bien. Me han enseñado mucho sus lágrimas. He conocido el amor y la verdad absoluta de una mujer sabia gracias a ella. «Lo que levantó tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendí que eras ángel, y por ellas conozco que eres mujer.»¹¹ La querré siempre y espero que volvamos a vernos pronto, aunque no demasiado pronto. Ahora estoy muy ocupado haciendo lo que sugería el tío Ludwig al filósofo desengañado: sácale dinero a tus errores.

¿Se acabó el verano? Qué va: desde que aprendí a andar he vivido como un jubilado, de modo que si llego a los ochenta no voy a tener más remedio que presidir alguna empresa-fundación ¿Acaso ha llegado el tiempo de la corbata? Parece que no, en el *hall* del Vivian Beaumon Theatre at Lincoln Centre, durante el descanso de *Salvage*, la tercera parte final de *The Coast of Utopia*, una faraónica obra de teatro de nueve horas de duración escrita por el dramaturgo británico Tom Stoppard, un abuelete *radical chic*

me hizo notar, contra mi voluntad –pero déjame en paz ya, viejales BoBo–, que sólo dos personas entre el público llevan corbata. Antes, hace muy poco, me dice, la llevaba en Nueva York todo el mundo que venía a estos teatros a ver estas obras.¹² El actor Ethan Hawk, el niño pijo de supercolegio de pago que en la peli *El Club de los Poetas Muertos* se subía a la silla a recitar el «Capitán, mi capitán» de Walt Whitman para honrar al profe guay despedido por la dirección (Robin Williams), hace aquí de Mihail Bakunin y recita aquello de «El deseo de destrucción es también un deseo creativo.»¹³ Whitman escribió la oda del capitán en honor del presidente Lincoln. Pienso: nuestra naturaleza, *eso* es nuestro destino.

No: lo que parece haber empezado es un –esperemos que breve– eclipse de luna para los hermanos de los amigos de nuestros hermanos. El eclipse de luna es también el tiempo de la diáspora. Y de las aventuras. «Pero como la señora Dulcinea tenga salud y contento, nosotros por acá nos avendremos y lo pasaremos lo mejor que pudiéremos, buscando nuestras aventuras, y dejando al tiempo que haga de las suyas, que él es el mejor médico destas y de otras mayores enfermedades.»¹⁴ Por el paseo del río cruza ahora, junto al banco donde leo, el profesor de gimnasia y su tropa de treinta hijastros en chándal. Me hacen acordar de los días cuando teníamos clase de gimnasia en el colegio del pueblo, y salíamos fuera del patio a correr por las callejas y las cerquillas de Las Vegas, detrás del parque del Vivero y la piscina municipal. Ve de visita al pueblo, vete de Madrid, vive Toledo. Y retorna, por favor, a Nueva York algún día, pues a Madrid es imposible no volver y volverás.

Al pueblo voy casi todos los fines de semana para comer con la *family* y jugar con los sobris, no cuenta ni como turismo y menos como regreso a la infancia. Toledo, ciudad que un tiempo creía exclusivamente habitada por ultras del Real Madrid, acaba de ser tachado del mapa de la agencia de viajes pues mañana tendré casa aquí; casa de alquiler, que es en parte habitación de hotel y en parte propiedad inmobiliaria, la combinación perfecta si acaso existe esa cosa a largo plazo, que no creo, aunque todo es posible en la ciudad triculta. Además ya he descubierto por qué los turistas que la visitan se vuelven todos en el último tren: si te quedas a pasar la noche ya no puedes salir de aquí. De algún modo Toledo es como Punxsutawney, Pennsylvania, el pueblecito aquel de la peli *Atrapado en el tiempo* (Harold Ramis, 1993) donde los lugareños celebran el Día de la

Marmota, el día que no pasa. Y yo me siento como Bill Murray: tengo toda la eternidad por delante para hacerme querer por Andie MacDowell, esa criatura. Nueva York, por su parte, es turismo futuro destilado en televisión. Viajar a la isla equivocada para ver la retransmisión en directo, desde un pueblecito de Illinois, del primer asalto del largo combate electoral que se prevee serán las presidenciales americanas del 2008: el discurso de presentación de la candidatura oficial del senador Barack Obama, el negro afro-americano que peleará a muerte contra Hillary Clinton en las primarias del Partido Demócrata. Cuatro gatos –negros– bajo una manta de aguanieve. Hillary se lo va a merendar. Eso pensé. Y a continuación, en el canal de al lado, un nuevo capítulo de la segunda temporada de *Two-A-Days*, un *reality* sobre los amores de Brittany y Mark, la *cheer-leader* y el *defensive end* del equipo de *American football* de la *Hoover High School* de Birmingham, Alabama. América. Dios la bendiga.

¿Y Madrid, el pequeño Mandril? A Mandril *que-le-den-pol-culo*. Que le den por el metro que es –dicen los taxistas– la única *noche* madrileña que resta en pie desde que Europa raptara a Zeus. Llegó tal vez la hora de probar sus hoteles, a ver si están tan bien como dicen. O quizás no. El Gran Imán está demasiado cerca de Toledo y, por las noches, en sueños, noto como pega tirones brutales hacia sí de los huesos de mis yerros.

* * *

Así pues, ¿qué hiciste, qué aprendiste?, proyecta mentalmente en mi memoria su pregunta eterna el sabio rabínico de la máscara de acero y las manos de mantequilla. Andar hasta quince kilómetros en una tarde desde Harlem a Brooklyn parando sólo en el Starbucks, el Barnes & Noble y Strands, la muy noble librería de segunda mano. Eso fue todo lo que hice. No, no todo. Sobre todo hicimos exámenes, un montón de exámenes; no yo, que sólo tuve que “ponerlos”, sino ellos, los héroes de las mil caras, los estudiantes de la UNED que residen en EE.UU. Ellos se probaban contra el tiempo, la memoria y los absurdos métodos didácticos específicos de la educación universitaria a distancia. (A veces incluso contra la inteligencia y puede que alguno –la intérprete que vivía en Atlanta, la que hizo el examen de arqueología, por ejemplo– contra la cosa más imposible y ordenada: *la verdad*). Mientras, yo, ajeno y libre y feliz, leía mis cosas y tomaba mis notas. Sobre los raelianos y los mormones. Sobre el dormir sin sueños,

visita profunda al reino vegetal del que no es posible salir, sólo despertar. Sobre la bioquímica molecular en su versión alegre, libre y genial.

En Nueva York no tuve más remedio que volver a aprender cómo se abriga uno bien contra el frío. Al tiempo, mis sentidos se abrieron de nuevo, como cuando era niño, al misterio nocturno de dormir sin soñar: ¿cómo debe ser estar muerto toda una eternidad? Eso fue lo que hice, lo que hice, lo que hice. ¿Turismo? Sí, lo hice. Eso fue lo que aprendí: hacer vivir, hacer volver. Esto que aprendí es lo que había olvidado que había olvidado. *The Snows of New York*, las nieves de Nueva York cayeron en Toledo y El Quijote dejó de darme esquinazo en Manhattan: con el tiempo alcanzaría a ver las alucinaciones librescas de la triste figura de España inmortalizada por Cervantes como la más perfecta alegoría del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, épica aventura galáctica jamás contada¹⁵ a la vez que espantosa conmoción del alma nacional cuyos traumáticos efectos a largo plazo recién comenzaban a sentirse. Acompañado de gentes de todas partes y de sus cámaras vuelvo a volver, a ver si esta vez nos enteramos un poquito mejor de qué va la vaina. De veras me siento un *turista espacial*, el sonámbulo infinito o paleta cósmico cuya particular espiral de ascenso espiritual¹⁶ había imaginado en un libro. Éste.

En el Reservoir, el gran lago de Central Park, no habían patos ni patinadores. La capa de hielo debe ser demasiado gruesa para los unos pero demasiado delgada para los otros. Ya sabes lo que lo dicen los sociólogos, Holden, que los guardas del parque se los llevan a un refugio para protegerles del frío y los turistas nos quedamos embobados leyendo los carteles indicadores junto el estanque vacío.¹⁷ Pero yo creo que cuando el lago se hiela en invierno, los patos de Central Park *emigran*. Acabo de verles junto al río Tajo, tan lejos de la ley eterna como de los cien mil amotinados en lo oscuro de la tierra. En el mes de Toledo.